

Los síndicos se dolieron á su vez mucho de las palabras del reformador y se quejaron á Berna. Encontrábase la ciudad entonces en viva y agitada crisis. Dos partidos religiosos habíanse allí formado: uno que profesaba la religion de Lutero y otro que profesaba la religion de Zuinglio, divididas y separadas, como tantas veces hemos dicho, por el dogma capitalísimo de la sagrada Cena. El convenio hallado en la síntesis de las dos religiones propuesta por Calvino concluyó así que se desvanecieron los ecos de su persuasiva palabra. Uníase á todas estas dificultades gravísimas un fenómeno social, frecuente por desgracia en los cantones helvéticos, la rivalidad entre los campesinos y los ciudadanos, entre Berna y las aldeas circunstantes. Los discípulos de Zuinglio exageraban las doctrinas del maestro, y las doctrinas del maestro exageraban también por su parte, los discípulos de Lutero. Estos lograron expulsar de la ciudad al jefe de aquellos, al predicador Megander. Y para sustituirlo con ventaja, nombraron en su lugar á Sulcer, bastardo del cura católico de Interlaken, expuesto á la caridad pública para que lo adoptara por hijo, criado en mísera barbería y de comienzos tan tristes subido á las más altas dignidades eclesiásticas en alas de su virtud y de su fe. Mas el jefe natural de los luteranos en Berna era Kunz á quien Calvino juzgara en carta particular severamente con motivo del destierro de Megander imputado á la furia demente del luterano bernés. Todos estos encrespamientos de pasiones debían traer la intervencion del Consejo de Berna en los asuntos de Ginebra; y la intervencion del Consejo de Berna en los asuntos de Ginebra debía resultar funesta para Calvino y los calvinistas. La organizacion de las dos Iglesias era bien diversa, porque Berna tenía una Iglesia coexistente con el Estado, y Calvino aspiraba en sus pensamientos y en sus proyectos á una Iglesia que fuese muy superior al Estado.

En aquel período de transición las sectas revolucionarias solían transigir con principios del antiguo símbolo católico, y las Iglesias nuevas pactar con elementos y tradiciones de las viejas Iglesias. Berna con su religion del Estado admitía ceremonias desechadas en Ginebra por su religion de la pura moral y de la autonomía independiente. Así por ejemplo, se bautizaba en el antiguo batisterio, se consumía el pan ácimo como en la misa ortodoxa y se consagraba como fiesta el día de la santa Anunciacion de la Virgen. Las in-

clinaciones sobrado pronunciadas del clero bernés hácia la doctrina de Lutero aumentaban las inclinaciones del clero ginebrino por las doctrinas de Zuinglio, recogidas y ampliadas en la vasta mente del primer pensador de la Reforma. Ocurrióse al Consejo de Berna una idea; reunir sacro Sínodo en Losana para procurar nueva conciliacion. Y este Sínodo, imitacion de los antiguos celebrados con motivo de la Cena y sus interpretaciones, no podía dar ningun resultado sino mediante amplísima libertad en la controversia y reconocimiento en los dos adversarios de la facultad para expresar todos sus pensamientos, y venir, en virtud de tal expresion, á un sincero y definitivo acuerdo. Mas los señores de Berna en su idea del predominio de los Estados sobre las Iglesias decidieron que los reformadores no entrarían en el Sínodo sino despues de haber aceptado como válidas las ideas y las ceremonias consagradas ya en la ciudad regida por su gobierno. Tal resolución impidió la presencia de los reformadores ginebrinos é hizo abortar el Congreso citado en Losana, que se disolvió citando á otro nuevo en Zurich.

Mientras tanto, los síndicos de Ginebra, con deliberado intento de servir á los señores berneses y molestar á los reformadores ginebrinos, decidieron que la próxima Comunión ó Cena de aquel año se verificase con arreglo al rito dominante y consagrado ya en la ciudad de Berna. Farel y Calvino se resistieron á tamaña invasion del Estado en la conciencia y protestaron de su adhesion al rito y á las ceremonias de su antiguo y propio culto, admitido y consagrado en Ginebra. Saber tal resolución sus enemigos y lanzarse á la calle con todo género de soeces insultos en los labios y de perversos propósitos en la voluntad, obra fué de un segundo. Los juramentos más terribles, las interjecciones más tabernarias, los insultos más feroces, poblaban los aires y se dirigían y asestaban todos al nombre y fama de los antiguos ídolos. Y no se limitaban á esto; corrían la pólvora en guisa de árabes y disparaban trabucazos limpios, tan ruidosos como salvas de artillería, en las puertas de los reformadores; y despues de insultarlos, y entre el estruendo de tan terribles descargas, á una gritaban como si hubieran recibido tal consigna: «ahogadlos, ahogadlos en el Ródano.» Farel y Calvino soportaron los insultos y ofrecieron á Dios las amargas pruebas, pero no así en verdad su compañero y colega Cournant, monje primero en la Iglesia católica, predicador semi-prottestante

luego en la corte de Margarita de Navarra, y por último decidido calvinista, quien al ver tratados así al héroe Farel, cuya voluntad férrea tanto cooperara con su heroico esfuerzo á salvar los derechos de la República, y al pensador Calvino, cuyo genio contribuyera tanto á la organizacion y á la estabilidad, así de los poderes civiles, como de los poderes eclesiásticos, no pudo contenerse y soltó en el sermón pronunciado la mañana misma de los insultos delante del pueblo en la catedral reunido, todas las indignaciones de su alma y todas las hieles y cóleras de sus hígados. A pesar de pertenecer á la nueva Iglesia y de profesar el nuevo dogma, conservaba un tanto de la pésima educacion frailuna, y vertía en el púlpito mezclados con párrafos sublimes, refranes de no muy buen gusto é insultos de graves consecuencias al rostro de todos sus enemigos. Imaginaos lo que diría despues de una terrible noche dominada por horrores que hubieran aterrado á los mas valerosos y que deshonoraban la naciente libertad de Ginebra. Sobre todo, esgrimió su lengua contra los gobernantes que no curaban ni de la seguridad ni de la honra debida á los primeros ciudadanos. Así que acabó de proferir tales palabras, cogiéronle los esbirros del gobierno y lo recluyeron en una cárcel. Calvino y Farel, indignados y seguidos de una procesion compuesta de los ciudadanos mas importantes, fueron á pedir la libertad del predicador, y se la negaron rotundamente. Despues de semejante audacia, no podia el Sínodo pararse ya de ninguna suerte ante ningun escrúpulo y decretó la celebracion de la Cena por los ritos de Berna y la proscripcion completa de los antiguos ritos calvinistas. Imaginaos cuál seria la indignacion de aquellos pensadores: al ver desconocido su pensamiento, insultadas sus personas, abrogados los ritos en cuya observancia pusiera Calvino toda su vida, sintióse afligido como nunca y creyó que le faltaba materialmente á su pecho el aire y á sus piés la tierra.

Pues aun le sucedieron mayores desventuras. Débil de complexion, apocado de ánimo, con temperamento nervioso, con esa inquietud propia de todos aquellos á quienes domina el culto de las ideas, presintiendo, por la delicadeza de su natural, todos los peligros, devorando todas las amarguras propias del apostolado, con el peso de los errores ajenos y de las ajenas faltas sobre sus hombros como todos los redentores, Calvino debia sentir un dolor amarguísimo en aquella hora terrible. Él mismo describe en pintoresco estilo toda

la timidez de su temperamento, aumentada por los desvelos del estudio, y toda la horrible crueldad de aquellos que iban á disparar blasfemias y trabucazos á la puerta de su casa. Los presentimientos que le asaltaron el día en que le obligó Farel á quedarse en la ciudad republicana se confirmaron y aparecieron á sus ojos en toda la terrible verdad. No hay remedio, se pagan carísimas las grandezas del mundo; no hay remedio, encuentran dificultades insuperables todas las reformas y todos los reformadores; no hay remedio, el genio tiene apercebidos en el mundo los instrumentos de la pasion, y en su propia excelcitud la necesidad del sacrificio. Toda obra secular nace bajo las maldiciones de las obras que la han precedido en el tiempo y entre la ingratitud de aquellos mismos á quienes intenta redimir y salvar, porque uno es el humano linaje y una la humana vida, repitiéndose con uniformidad invariable los mismos fenómenos en señal de hallarse sometidos á las mismas leyes. Por eso nada tan consolador, nada tan fortificante, nada que adiestre así en la paciencia y en el valor, nada que revele toda la inmanencia de las ideas progresivas en el mundo y toda la seguridad de su triunfo definitivo, como esta repeticion de las mismas inspiraciones en las almas grandes, y de las mismas resistencias en los poderes públicos, de la misma ceguera en las generaciones presentes y del bien guardado, en lo que hoy parece mal, á las generaciones futuras. La historia es una escuela de tristes desengaños, pero tambien un manantial de consoladoras esperanzas.